

Editorial

La risa es un fenómeno humano que surge de manera espontánea, no deliberada. Es algo más que la sonrisa, que expresa una complacencia más bien reservada. Existen sonrisas tímidas y otras nerviosas, pero la risa es siempre desinhibida, por no decir descontrolada. Pensemos en el colmo de la risa, que es la carcajada. Uno no elige cuándo reír sinceramente; si lo decide, entonces se trata de una risa impostada. Y aquí tenemos que admitir que la risa no sólo nace de un humor sano, que celebra la existencia en su falibilidad, sino también de la burla mordaz. Por eso, simplificando un poco, podemos decir que la risa puede ser buena o mala, según su origen.

Es bien sabido que los evangelios en ningún momento dicen que Jesús haya reído. Por supuesto que esto no significa que nunca lo haya hecho, pero el asunto deja sembrada una pregunta: ¿cuánta importancia debe concederse a esa omisión? Las menciones hechas por Jesús en el contexto de las bienaventuranzas no hacen más que intensificar el enigma: “Felices los que ahora lloran, porque reirán (...) Ay de ustedes, que ahora ríen, porque se lamentarán y llorarán” (Lc 6,21b.25b). De estas palabras, alguno podría concluir que el *ahora* de nuestra condición peregrina no es tiempo propio de risas. Sin embargo, el sentido común, así como la experiencia bimilenaria de la Iglesia, nos confirman que reír no sólo está permitido sino que es algo deseable. En efecto, si el cristianismo es el humanismo pleno, entonces la (sana) risa ha de ser integrada sin vergüenza ni disimulo. Más aún, ella debe ser el distintivo de los redimidos, que anticipan en este valle de lágrimas la alegría escatológica del Cielo.

La risa nos pone en un estado de guardia baja, tan propia de los niños y por ende también del Evangelio. Por eso no sorprende que Chesterton la describa con rasgos que hacen pensar en Cristo, curiosamente, en su misterio de pasión. “La risa se abre a la crítica, es inocente e indefensa, y tiene el tipo de humanidad que siempre tiene algo de humildad”.¹

¹ G.K. Chesterton, “Laughter”, en: Id., *The common man*, New York, Sheed and Ward, 1950, 155-159.

Este cuaderno empieza con un interesante estudio de Michael Casey sobre la risa de los monjes, seguido por el artículo de Anne de Saxcé, que explora la risa en el mundo medieval. Por su parte, Giacomo Bussini muestra el valor de la risa en la obra de Dante Alighieri, con especial atención a su *Divina Comedia*.

Más cerca en el tiempo, Belén Sarmiento encuentra en las biografías de Santa Teresita y Charles Péguy ejemplos del diverso sentido que puede adquirir la risa. Y Stefan Oster, obispo de Passau, explica por qué el humor y la risa forman parte de la identidad cristiana. Finalmente, en la sección *Perspectivas*, publicamos el breve intercambio entre el papa emérito Benedicto XVI y el teólogo dogmático Jan-Heiner Tück, sobre la posibilidad de perdonar post-mortem.